

Carta de Combate

¡Jóvenes de Acción Católica! Nosotros tenemos el honor digno y santo de poder vernos alistados en las filas de este ejército de paz y de amor, que ha de salvar al mundo con la Cruz de Cristo. Soldados, valientes reclutas de este mundo sobrenatural, tan distinto del humano, donde no caben los corazones pusilánimes y cobardes, porque se necesita temple de acero; pureza de alma y de ideales para poder entrar en él.

Adelante, pues, bravos jóvenes que militáis bajo los pliegues de nuestra sacrosanta bandera; adelante, por los caminos del deber, que la lucha es dura y difícil y fuerte es el enemigo; mas, no os desaniméis, que con nosotros está el Señor, y es por esto que nos sentimos más fuertes que nunca ante el fragor del combate.

No busquéis victorias ruidosas, ni esperéis ver al enemigo destrozado a vuestras plantas, ni ocupar los altos puestos del honor, porque como nos dijo un día nuestro Divino Maestro, nuestro reino no es de este mundo.

Procurad que en nuestras ofensivas no nos veamos copados por nuestros enemigos, que nos aniquilarían sin piedad.

Acordaos que somos invencibles; pero sabed que nos pueden derrotar si nos apartamos de Cristo. Sabemos que el enemigo es astuto y atrevido y que procurará dividirnos para atacarnos una vez dispersos y no olvidéis que desconectados de la Jerarquía, nuestra contraofensiva podría ser fatal.

Nuestra lucha, nuestra misión, tiene un fin: la conquista de las almas; pero cuidado con no cambiar nuestro espiri-

tu, que nos derrumbaríamos y nuestra catástrofe sería un hecho.

Para cumplir nuestro ideal de jóvenes apóstoles tenemos un medio infalible de ataque: nuestra Obra — así nos lo recuerda el Reglamento — es eminentemente sobrenatural; sobrenatural es nuestro fin; sobrenaturales son los medios.

Y nuestra arma formidable y favorita es la oración; nuestra unión íntima e inefable con Cristo; nuestra vida sobrenatural.

Nuestra lucha, no lo olvidemos nunca, ha de ser llevada con amor y por amor de Aquél que amando dió su vida, hasta la última gota de su Divina Sangre, allá en el monte Calvario. Bien sabéis que el amor ha de ser nuestra contraseña, nuestro salvoconducto para darnos a conocer al gran mundo, que gime y se desgarrar por falta de amor.

Luchad pues, buscando la paz para las almas, la unión de los corazones; vamos en busca del hombre para que se encuentre así mismo y, recobrando él su buena voluntad, de gloria a Dios.

Atacando a la discordia, a la blasfemia y a la maldad, de verdad nuestra victoria será cierta,

¡Con Cristo, en Cristo y por Cristo, venceremos!

El Vocal de Piedad.

ALFONSO BUXADERA

Temas para el Catecismo	Mes de Enero
Día 24 - Mandamientos séptimo y décimo	Llorente 202
Día 31 - Octavo mandamiento (La mentira)	» 208
Mes de Febrero	
Día 7 - Octavo mandamiento (Calumnia, murmuración)	Llorente 212
Día 14 - Los mandamientos de la Iglesia	» 216
Día 21 - Primer mandamiento	» 220
Día 28 - Segundo mandamiento	» 226